

REPERTORIO AMERICANO

DECENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES

Editor: J. GARCÍA MONGE.

VOL. II

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, JUEVES 30 DE JUNIO DE 1921

Nº 24

Unas vacaciones en Costa Rica

POR NINA WEISINGER

EN marzo pasado, tenía muchas esperanzas de ir a Madrid a repetir el curso de verano para extranjeros y ver en España algunas cosas que omití en el estío de 1914; fortifiqué mis esperanzas asegurándome un pasaporte con tiempo. Impresionada con algunas noticias anteriores publicadas en HISPANIA acerca de un posible curso de verano en Puerto Rico y COSTA RICA, pedí que estos países, y también Cuba, se me incluyeran en el pasaporte. Corrieron los días y mi viaje a España falló. Entonces vinieron noticias nuevas de que no habría labor veraniega en Puerto Rico y COSTA RICA. Pero cierto día de mayo supe que tres jóvenes maestras de la Universidad de Columbus, en Ohio, iban a pasar sus vacaciones a COSTA RICA, descuidadas de los cursos de verano para extranjeros, y me apresuré a invitarlas para acompañarlas. Ellas se embarcaron en Nueva York, en el *Tolosa*, de la United Fruit Co., y yo, en tanto, me les junté en la Zona del Canal, a bordo del *Heredia* de Nueva Orleans a Cristóbal.

El mío fué un delicioso viaje de cinco días por el Golfo y el Caribe. Anclado el barco en Colón, había mucho tiempo para ver las obras del Gran Canal y aun de hacer por él alguna excursión si se quería. Una noche más, y el barco nos trajo a Limón, en donde la mar gruesa nos impidió atracar durante algunas horas. Cuando desembarcamos un tren expreso estaba listo para los pasajeros que iban a San José. Pero pasamos la noche en Limón, deseosas como estábamos de ver con la luz diurna cuanto se pudiera de aquella maravillosa travesía por el escenario encantador que va del ceñidor tropical de la costa hasta las regiones perpetuamente primaverales de las tierras altas. Fuí a la retreta que daba la banda municipal en el bonito parque público. Al día siguiente por la mañana, cogimos el tren ordinario en viaje de siete horas a la diminuta capital de la Re-

pública y metrópoli, San José, situada en una meseta como a 4,000 pies sobre el nivel del mar.

El paso siguiente fué conseguir alojamiento en una casa de familia y no de huéspedes; de otro modo no se impregna uno de la atmósfera española y del pensamiento popular. No nos fué difícil alojarnos en familia, como tampoco lo fué para dos maestras más que después llegaron de Nueva York. Las seis nos colocamos en cinco diversas familias de buena posición; algunas de ellas jamás habían tenido antes huéspedes. El camino es llevar una carta de presentación para alguno de los nativos o conocer a alguno que tenga relaciones con familias nativas. Es una experiencia placentera vivir en una familia costarricense. La gente es lo más amable y considerada; la alimentación es buena y abundante, aunque se requiere insinuarse con tacto para obtener variedad y bastantes verduras. En cuestiones de alimentación los nativos creen que son «alimentos» los huevos, la carne, el arroz, los frijoles, las papas y los plátanos, al paso que las frutas y los vegetales son simples *refrescos*. Días más tarde, logré obtener más *refrescos* y menos de los alimentos habituales. Hallé que nada le place más a las patronas costarricenses como que se coma sin restricciones, así como se afligen si uno come poco; de tal modo que comí poco de lo que quería

o me había aburrido y mucho de lo que me placía. En consecuencia, los últimos días de mi estada en la familia, disfruté de una mesa con muchas de las frutas y verduras que siempre abundan en los mercados de la ciudad.

En familia privada las oportunidades de conversar son interminables. Mi familia componíase de la madre, cuatro hijas mayores, dos excelentes sirvientas, y todos los días llegaban visitas numerosas de sus relaciones y amigos. ¿Necesito decir que la conversación es lo usual en los siete días de la semana? ¡Y con qué rapidez! Me atrevo a decir que no hay bajo el sol mujer que mueva la lengua más ligero que la costarricense. Cuando todas a un tiempo hablaban, la práctica era más cabal para mis oídos.

Las escuelas de San José están abiertas todo el tiempo que para nosotros es el estío (y en vacaciones, cuando nos hallamos en el invierno, que corresponde con el *verano* en Costa Rica) y los visitantes son recibidos cordialmente. Nunca he conocido un pueblo que goce más con que le visiten las escuelas. Hay numerosas escuelas públicas, un *Colegio de Señoritas*, y el *Liceo* para los muchachos mayorcitos. En Heredia, siete millas de San José, se halla la hermosa Escuela Normal. A estas escuelas puede asistir el extranjero tanto como guste; maestros y alumnos frecuentemente me preguntaban, en la calle y en otras partes, cuándo volvía.

El aficionado a leer tiene la Biblioteca Nacional, abierta a ciertas horas del día y de la noche, bien surtida de libros en diversas lenguas. Muchas horas pasé allí, y prueba de ello son mis cuadernos de apuntes. En los libros castellanos hay una buena variedad de escritores clásicos y modernos de España e Hispano-América. Nunca había visto ediciones tan bonitas del Quijote, en formato mayor y con ilustraciones de una página; hay un volumen de las *Doloras* de Campoamor que es un placer examinarlo. Naturalmente no puede compararse esa biblioteca con la famosa de Madrid, pero con ella se honraría una nación más grande que Costa Rica.

₡ 500

mensuales regala entre sus clientes la

FERRETERIA

Miguel Macaya y Cía.

en premios de ₡ 50 c/u.

Si el número del tiquete de su compra corresponde a las tres últimas cifras del premio mayor de la lotería, pase por sus cincuenta colones.